

# LA ILUSTRACION CATOLICA



## PRECIOS DE SUSCRICION

	Península.	Extranjero.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Número suelto real y medio.

## PROPIETARIO

**JOSÉ AMALIO MUÑOZ**

ADMINISTRACION: Calle de la Villa, número 4.

## PRECIOS DE SUSCRICION

	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico.....	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Rio de la Plata.....	3 1/2 »	6 »
En los demás estados de América fijan los precios los señores Agentes.		

ÉPOCA 2.<sup>a</sup>—AÑO II.

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID

Madrid 14 de Noviembre de 1878

NÚMERO 18

## SUMARIO

**TEXTO.** Nuestros grabados, por A.—Revista de la semana, por Ovidio.—La España que se va, por Tejado.—Salamanca, por D. Fernando Brieva Salvatierra.—Getrudis, cuento traducido del francés por la señorita R. U. (conclusion).—En el álbum de la señorita doña Teresa Ceballos, por D. C. Suarez Bravo.—El castillo de terciopelo, novela, por Paul Feval, traducida por doña Balbina Antúnez.

**GRABADOS:** Ilmo. Sr. Dr. D. Juan María Valero, Obispo de Tuy.—Cartuja de Jerez de la Frontera.—Claustro del convento de las Dueñas de Salamanca (véase el artículo de esta Revista).

ciplina. Merced á sus esfuerzos, se creó un gabinete de Historia Natural, se enriqueció la clase de física con muchos aparatos é instrumentos, se dotó un laboratorio de química, y se construyeron nuevos locales para cátedras. Contribuyó también en gran manera á la fundacion del colegio de Uclés en la Real Casa de Caballeros de Santiago, alternando todos estos y otros trabajos con la predica-

ción y los demás deberes de su ministerio sacerdotal. Semejantes méritos no podían ser ignorados y quedar oscurecidos, y en 1876 fué preconizado Obispo de Tuy. Cuenca en masa le despidió con las lágrimas en los ojos, no pudiendo templar la justicia de su elevacion, el amargo sentimiento que su separacion le causaba.

**Cartuja de Jerez de la Frontera.**—D. Alvaro,

## NUESTROS GRABADOS

**Ilmo. Sr. Dr. D. Juan María Valero, Obispo de Tuy** (1).—Nació este ilustre prelado en el pueblo de Malpartida, de la provincia de Cáceres, el día 8 de Setiembre de 1835, y empezó á estudiar latinidad y humanidades bajo la direccion de su sabio tío, ex-religioso mercenario, Cura á la sazón de la parroquia de San Miguel. Cursó despues con las mejores calificaciones filosofía y teología como alumno interno del Seminario de Plasencia, recibiendo *némine discrepante* y sucesivamente los grados de bachiller, licenciado y doctor en teología, y de bachiller y licenciado en derecho canónico.

Fué nombrado sustituto de las cátedras de humanidades, filosofía y teología, regente de la de catecismo, de controversia y doctrina cristiana, y en 1858, un año ántes de ordenarse de Presbítero, profesor de latinidad, y luego de filosofía y teología. Fué despues elegido secretario de estudios, auxiliar del vicerector y director espiritual del Seminario, designándole el Prelado para desempeñar comisiones muy delicadas.

Obtuvo en 1862, por aclamacion, despues de brillantes ejercicios, la canongía lectoral de Cuenca. Dejó en Plasencia gratísimos y duraderos recuerdos su celo sacerdotal, y la amable cordialidad de su trato: en 1865, el señor Obispo de Cuenca, despues de haber hecho experiencia de su capacidad y de sus dotes en honrosos y difíciles cargos, le nombró Rector del Seminario y Decano de la facultad de teología.

Catorce años desempeñó el señor Valero el espinoso cargo de Rector, debiéndole aquel Seminario grandes progresos en los estudios y en la dis-

(1) La mayor parte de los Sres. Obispos, condescendiendo en obsequio á nuestro periódico, á que se publiquen sus retratos; nos ruegan que las noticias biográficas sean una simple reseña de vicisitudes, desnuda de comentarios y de elogios. Debemos pues conformarnos con esta cristiana reserva, que tanto honra la modestia y el tacto de los que son maestros nuestros en la conducta y en la fé.



ILMO. SR. DR. D. JUAN MARÍA VALERO, OBISPO DE TUY.



Obertos de Valetto fundó en el siglo XV este sun-  
toso y rico monasterio, situado á una legua de  
la ciudad y á orillas del Guadalete.

Dos estilos arquitectónicos, ó más bien tres,  
comparten las obras de esta gran cartuja, famosa  
por muchos conceptos, incluso el de sus célebres  
yeguas. La fachada es greco-romana, y fué cons-  
truida en 1571 por Andrés de Rivera, segun consta  
en una inscripcion que todavía subsiste, como tam-  
bien de los tres claustros que encerraba el monas-  
terio: uno, llamado el *Claustillo*, es gótico de la  
decadencia, con retoques platerescos: otro, tam-  
bien gótico, y el tercero greco-romano, con ricas  
columnas de mármol.

La iglesia participa de esta mezcla de estilos;  
pero el siglo pasado arrojó sobre ella pesada capa  
de yeso, desfigurando su antigua fisonomía que, á  
juzgar por lo que subsiste, no debió carecer de  
majestad y belleza.

Venérase en su altar mayor la imagen de *Nues-  
tra Señora de la Defension*, aludiendo este título á  
sucesos de la *reconquista*, anteriores á la fundacion  
de este monasterio.

De las famosas yeguas de la Cartuja, no que-  
dan más que restos. El edificio de la Cartuja yace  
en lamentable abandono, compartiendo con el  
Guadalete, que riega sus ruinas, la memoria de las  
desventuras de España.

**Claustro del convento de las Dueñas de Sala-  
manca.**—(Véase el artículo que se publica en esta  
*Revista*).

## REVISTA DE LA SEMANA

En la lista, por desdicha no escasa, de crímenes  
que semanalmente se cometen en la capital de  
España, ha llamado muy especialmente la aten-  
cion, y no sin motivo, la tentativa de asesinato  
contra el general Sanchez Bregua. El autor de la  
tentativa, que estuvo á dos dedos de conseguir su  
infuero propósito, es un militar retirado que frisa  
en los sesenta años. Uno de los dos tiros que dis-  
paró sobre el general á quem-ropa, le anduvo tan  
cerca, que la bala le atravesó la capa.

Lo que más admira en este suceso es la futili-  
dad de los motivos que impulsaron el brazo del  
asesino. Parece que éste manifestó que tenía pre-  
meditado el crimen hacía más de seis años, por  
agravios imaginarios recibidos del señor Sanchez  
Bregua mientras fué capitán general de Galicia.  
Hallábase entonces preso el agresor por otro hecho  
análogo al en que nos ocupamos, y el general, en-  
tre otras cosas, no contestó á una de sus cartas.

Muy lejos estaría el señor Sanchez Bregua de  
pensar que el olvido intencionado ó sin intencion  
en responder á una carta pudiera ser cotizado en  
una mente exaltada á tan alto precio.

Por fortuna, las pasiones falsas producen casi  
siempre resoluciones á medias. El mal tiene su ló-  
gica, y cuando ésta le falta, no engendra volunta-  
des firmes. Así es, que en estos casos, el brazo se  
encarga por punto general de rectificar los extra-  
víos de la cabeza.

Ha surgido una cuestion curiosa en estos dias,  
si es lícito llamar cuestion á lo que en nuestro con-  
cepto es incuestionable.

Se acaba de estrenar en el teatro Español una  
comedia titulada *Alicia*, arreglo de la que escribió  
el autor francés Octavio Feuillet con el nombre de  
*Alix*. Parece que el arreglador estaba apasionado  
de su obra, pero no pudo apasionar al público, pues  
aunque ahora éste suele aplaudir hasta las obras  
que no le gustan, manifestó ostensiblemente que  
no le parecía *Alicia* digna de semejante cortesía.

Hemos dicho que el arreglador debía estar  
apasionado de su obra, porque si nuestros infor-  
mes son exactos, la hizo representar á despecho de  
los actores y de la empresa.

Pero aquí entra la cuestion.

Este autor, desairado por el más indulgente de  
los públicos, este autor, que no ha conseguido ni  
siquiera que le llamaran un par de veces á la esce-  
na, lo cual es ya de ritual hasta para las obras que  
no se representan más de una noche, cuenta con  
el sufragio casi unánime de los inmortales para la

vacante que va á proveerse en la Academia Espa-  
ñola.

La cosa no es para causar maravilla, porque en  
realidad el futuro académico, si no es de la madera  
de los genios, es un escritor aplicado, cuyas obras  
no hacen al arte ni bien ni mal.

Pero una parte de la prensa ha tomado el asun-  
to por donde quema, y uniendo la derrota del Es-  
pañol con el triunfo académico que se prepara al  
derrotado, formula la siguiente pregunta poco más  
ó menos:

Si el autor de *Alicia* no lleva ni siquiera vul-  
gares aplausos á la Academia, ¿qué diablos es lo  
que lleva?

Realmente á la prensa no le falta razon; ¿pero  
hay nada que sea por necesidad menos razonable  
que una eleccion académica?

Todas estas corporaciones son por su naturaleza  
agradecidas, y no saben negarse al que hace por  
ellas algun gasto. Unos hacen para obtener su su-  
fragio gasto de inteligencia, y otros gasto de talo-  
nes: unos fatigan el entendimiento, y otros fatigan  
las piernas.

Por otra parte, las verdaderas obras de ingenio  
tienen un lenguaje mudo que no compromete á  
nadie; son retraídas y hasta orgullosas; pero cómo  
se dice que nó á un caballero que le dispara á uno  
á quem-ropa esta interpelacion:

—Yo sé que no tiene Vd. comprometido su  
voto. ¿Me hace Vd. el favor de dármele?

Si el que dispara esta andanada es además una  
persona simpática, de buena educacion, que escri-  
be obras apreciables que dejan por el fondo y por  
la forma todas las cosas conforme están, de esas fi-  
guras que, si no están bien, tampoco están mal en  
ninguna parte, materia apropiada para formar lo  
que podríamos llamar el relleno de toda corpora-  
cion, ¿cómo se le niega el insignificante favor de  
una bola blanca?

Fácil es criticar en los periódicos, pero toda  
persona investida del derecho de sufragio, sabrá  
excusar á los académicos de la Española, si es que  
realmente abrigan la resolucion de nombrar su  
colega al autor de *Alicia*.

No creemos que haya estado muy acertado el  
candidato, sometiéndose al temeroso fallo del pú-  
blico en vísperas de su eleccion; pero la cos-  
tumbre de llegar á todas partes sin esfuerzo, hace  
ser á los hombres demasiado confiados. Aunque hay  
tambien medios, y muy conocidos, de hacerse de  
antemano con el sufragio de un público; el mane-  
jo de este tinglado obedece á leyes muy distintas  
que el de una eleccion académica.

Pero, en fin, el mal ya está hecho, si es que hay  
realmente mal en presentarse á una eleccion de  
esta especie con el sello reciente de una silba más  
ó menos disfrazada.

Si la Academia Española tuviera que abdicar su  
juicio artístico y literario en el juicio de las mul-  
titudes, ¿cuál sería entonces su razon de ser?

Creemos, pues, contra la opinion de la mayor  
parte de los periódicos, que el mal éxito de *Alicia*  
ha asegurado de un modo irrevocable la eleccion  
de su autor.

Los genios no están bien, por punto general, en  
las academias, porque sobre que tienen muy mal  
dormir, no suelen servir absolutamente para nada  
más que para genios. Esta regla tiene seguramen-  
te excepciones, pero muy raras.

Además de esto, el autor de *Alicia* se presenta  
con títulos, siquiera sean de corto sueldo, y ha de-  
mostrado en más de una obra que sabe escribir sin  
maltratar la lengua, circunstancia que no es des-  
preciable en los tiempos que corren.

Como la Academia está encargada de hacer  
Diccionarios y Gramáticas y no *Iliadas* ni *Quijotes*,  
de aquí la necesidad de que la mayoría de sus  
miembros sepan ocuparse en los menudos que-  
haceres del arte.

Los genios suelen tratar la lengua á zapatazos,  
mientras que la Española tiene precisamente la

mision de envolverla entre algodones para conser-  
varla. Como dice muy bien uno de nuestros cole-  
gas, los genios entran en las academias para darlas  
prestigio; pero son, por punto general, miembros  
inútiles cuando no incómodos ó perjudiciales.

Por estas razones, y otras muchas que omitimos,  
adelantamos con fiabilidad nuestro parabien al  
autor de *Alicia*.

Las bolas blancas de la Española le van á in-  
demnizar dentro de pocos dias de las bolas negras  
del Español.

Ya que hablamos de teatro, debemos consignar  
que en el de la Zarzuela ha obtenido un éxito rui-  
doso el *Anillo de hierro*, letra del Sr. Zapata, mú-  
sica del maestro Marqués.

Los versos son muy de drama y la música muy  
de ópera.

¿Por qué la habrá aplaudido el público?

Como si no tuviésemos bastante con la viruela  
y el tifus, estamos amenazados de una traduccion  
completa de las obras de Voltaire, en una porcion  
de tomos.

Si este conato de envenenamiento, tuviera que  
vivir exclusivamente del público, probablemente  
no llegaría al tercero ó cuarto volumen; pero te-  
memos que tenga otros apoyos.

¿Hay lazareto capaz de desinfectar esa horrenda  
mercancía?

OVIDIO.

## LA ESPAÑA QUE SE VA

Há mil ochocientos y pico de años ya, en un  
rincon de Armenia, y por mancato de un reyezue-  
lo, que á la cuenta debía ser aficionado á los es-  
tudios anatómicos, fué primeramente desollado vivo  
y despues decapitado, un humilde galileo, de ofi-  
cio pescador, enviado allá, como ántes lo había sido á  
otras regiones de Asia, para pescar almas de hom-  
bres.

De resultas de llamarse mi padre lo mismo que  
aquel ajusticiado, pasaba cada año por mi casa  
un día que para toda la familia era el día grande,  
el día de dias, «el santo de señor padre», como de-  
cíamos mi hermano y yo, ó «los dias del amo»; co-  
mo decia modestamente la severa quintañona, que,  
primero nuestra nodriza, y despues nuestra aya,  
llamábase, y era en realidad, «ama de gobierno»  
de aquella pequeña república.

Yo he visto la cara de César cuando aquel ilus-  
tre amo de gobierno preparaba en los campos de  
Farsalia su triunfo definitivo: de seguro, aquella  
frente altivamente calva, no se espaciaba más al  
imaginar los futuros destinos del vasto imperio,  
que la de aquella nuestra Providencia doméstica,  
al ordenar la solemne festividad del susodicho  
gran día.

Desde la víspera, el corralon de nuestra casa era  
una especie de arca de Noé, donde formaban el más  
disorde, no me atrevo á llamarle despacible, tu-  
multo, el balar de corderillos, el gruñir de lecho-  
nes, el arrullar de palominos, el cacarear de galli-  
nas y el graznar de pavipollos, almacenados allí  
por la obsequiosa gratitud de pobres labriegos de  
la comarca que, despues del Cristo de la Salud,  
creían deber la suya á la caritativa asistencia del  
que llamaban ellos «señor doctor».

Con lo cual digo, como así es la verdad, que el  
autor de mis dias (téngale Dios en su gloria) era  
médico.

Y sin embargo, no era pedante; y aún lo que es  
más de notar, profesaba tierna devocion al Santo de  
su nombre, lo cual prueba que creía en el Dios  
por quien son, y á quien imploran los santos, es  
decir, en el Dios católico, en el Dios verdadero, en  
el Dios de nuestros padres.

El padre del mío tuvo muchos hermanos, por  
cierto grandes tiradores de escopeta, que habían  
cazado muchos conejos y muchos franceses, y de  
resultas de haberse casado casi todos ellos, el dicho  
día eentrábase en nuestra casa un indefinible enjam-



bre de tíos, primos y sobrinos, cargado cada cual con sus correspondientes alforjas, que reboaban de perdices, jamones, chorizos de lomo y otros pescados de aquel litoral.

Pero á bien que, si grande era la buena voluntad, y no mezquinas las dádivas de aquellos proveedores, eran ellos tantos, que para juntarlos en sola una mesa, no había remedio sino tenderla en forma de rancho debajo del emparrado de la huerta.

Minétras se van sentando, aprovecho el hueco para decir, que entre las solemnidades de aquel día, contábase la de ser el único de todo el año en que mi hermano y yo no estudiábamos. Era vacación completa, holgorio absoluto. El ritual de la fiesta pedía levantarse muy de madrugada, emperijarse muy domingueramente, ó como decía con lenguaje pintoresco el ama, «echarse el baul á cuestras»; desayunarse con chocolate sacado á pulso, con torrijas y sendas hojas de pernil, esto último, por supuesto, despues de recibida la santa Comunión en la misa que infaliblemente había de celebrar nuestro venerable tío, el Padre Definidor; venido adrede, haldas en cinta, caballero en su mula de paso.

El tiempo y las distancias se ajustaban á tan exacta medida, que por punto general, bien que nuestros comensales procedían de diversos pueblos, al volver de la iglesia nos los encontrábamos ya en el portal de la casa; unos apeándose de los tradicionales carros entoldados con lona; otros atando á los hierros de las rejas cabalgaduras de toda especie y tamaño, enjazzadas como en día de feria.

¿Quién los había convidado? Nadie: se habían convidado ellos, y habían hecho bien. La verdad es que los esperábamos, y ellos lo sabían así.

¡Pobre doctor! Ileso había salido de varias epidemias; pero milagro era que tan buena dicha pudiese contar despues de los cordiales estrujones y cariñosos manotazos disparados sobre todo él, á guisa de orquesta del consabido estribillo: «Primo, que sea por muchos años.»—«Que los vea usted muy felices, tío.»—«Felicitísimos, sobrino.»

A todo esto el ama no decía nada; pero un buen fisionomista la hubiera leído en su gesto, á veces avinagrado, á veces burlon: «¡Felices, felices! ¡Que si quieres! ¡Los felices son ellos, que vienen á sacar la barriga de mal año!»

¡Bellacona!

Ello sí, los forasteros aquel día y allí comían bien; pero justo es defenderlos contra el juicio temerario del ama, pues la verdad es que comían bien todos los días en todas partes. Y esto, por tres razones á cual más poderosa: la primera, que tenían qué; la segunda, que tenían buen estómago, y la tercera, que tenían buena conciencia. En otros términos: aún no habían pisado los umbrales de la civilización moderna. Ni el diezmo que pagaban á la Iglesia, ni las contribuciones que pagaban al Estado, poseían la triste virtud de mermarles la renta, ni el apetito, ni la paz del alma.

Sin embargo, la imparcialidad de historiador me obliga á sospechar que en el ánimo de aquella cordial obsequiosidad de nuestros comensales entraban por algo más que los platos succulentos del festín, las golosinas de los postres. Ni el cochinillo tostado, ni el frite de cordero, ni el escabeche de perdices, ni la salchicha de venado, ni las albóndigas de jabalí podían disputar el triunfo á los ojaldres macizos, ni á los huevos moles, ni sobre todo, al arroz con leche, que en fuentes descomunales de loza de Talavera nos enviaba puntual la Madre Circuncisión, con el escudo de su Orden esmaltado de canela y bordado de alcorza. Este plato era para el concurso lo que para los muchachos la rueda final en los fuegos artificiales.

Café no se tomaba, porque todavía entonces este precioso brevaje era para los españoles lo que llamaban ellos «botica.» Pero en cambio rematabase el banquete con lo que se llamaba «la sosiega,» es á saber, con sendos cubiletes de vino más ó menos generoso, guardado como oro en paño para aquel día en el más oscuro rincón de lo que mi tío el Regidor perpétuo, cosechero y gran cazador de codornices, llamaba con epigramático antojo «su biblioteca.»

En honra de los Benedictinos de nuestra vecindad, y á despecho de las envidiosas protestas del tío Regidor, debo decir que su mosto era aguachirle, comparado al que de sus cepas nos enviaba periódicamente el procurador de la Abadía, junto

con sus higos pasados, que eran la perla de la comarca.

Aquel fruto de la viña del Señor era el destinado para remojar el tente-en-pié con que inexcusablemente habían de tomar las once todos los amigos, clientes y conocidos de la casa, que desde Misa Mayor hasta la una de la tarde iban correctamente endomingados á cumplir con el doctor, es decir, á darle los días. Llamábase aquello «el visiton;» y era sabido: apenas cada recién llegado tomaba asiento, ya el ama le embestía con el redondo azafate de bizcotelas, simétricamente colocadas en forma de pirámide, y escoltadas por un cerco de vasos histriados, en cuyo fondo de esmeralda relucía el consabido néctar de los frailes como rubí fundido.

Excusado parece advertir que las bizcotelas eran un triunfo para el ama, pues cuantos conocían la importancia de este personaje en mi domicilio, sobre todo los que padecían algún achaque, por nada en este mundo habrían dejado de alabar aquellas «manitas de plata, decían ellos, tan hechas para un fregado como para un barrido.»

Fuese cualquiera el momento histórico, diría hoy cualquier pedante, de aquel continuo visiteo y libaciones subsiguientes, en sonando á las doce el *Angelus*, como por obra de un resorte poníase de pie todo el concurso, y se rezaban las tres *Ave Marias*.

Dada que era la una, tan luégo como en el reloj de pared de la sala el cuco asomaba su cabecita y soltaba sus dos consabidas notas, no era menester más aviso para que todos los visitantes desfiláran, cual si cada uno dijese para sus adentros: «Aquí ya estorbo.» Y en vano se lo habría callado ninguno, pues ya el rumor de platos, vasos y cubiertos que hacía el emparrado crujía, estaba denunciando todo un motín de estómagos impacientes.

Corrían todos en tropel y asaltaban sin orden jerárquico alguno los bancos de nogal tendidos á lo largo de la mesa, excepto el Padre Definidor, cuyo asiento pregonaba el sillón de vaqueta bordado de clavos romanos, y erigido á guisa de trono en el testero. Funciones capitales de Su Reverencia eran, claro está, bendecir primero lo que había de comerse, y despues dar gracias á Dios de lo comido:—«Que el año que viene quiera Nuestro Señor volvernos á juntar en semejante día, y por fin, á todos en la gloria.»—«Amen.»

¿Qué pocos viven ya de aquellos! Algunos de los que empezaban á vivir entonces quizás ya no rezan ni ántes ni despues de comer. Lo han olvidado en los banquetes patrióticos y en las cuchipandas electorales.

El día se acababa como se había comenzado: alegremente; y yo termino aquí su recuerdo como le empecé: con mucha tristeza. Dante sabe el por qué:

.....Nessun maggior dolore  
Che ricordarsi del tempo felice,  
Nella miseria.....

GABINO TEJADO.

## SALAMANCA

Salamanca no es una ciudad del siglo XII como Avila; es una ciudad del siglo XVI. Hay en ella restos del arte románico, que tanto abundan por Castilla la Vieja, pero yacen como oprimidos por la grandeza de los edificios del Renacimiento. No obstante tiene un monumento del siglo XII que no es posible contemplar sin sentir impresión profunda. Asentado junto á la catedral nueva, espléndida y rica construcción del siglo XVI, tiene un encanto indefinible que hace desmerecer á mis ojos la atrevida fábrica de Gil de Ontañón. Porque la Catedral vieja, severa, desnuda, con sus lucillos cuajados de fantásticas figuras, y de largas procesiones de endechaderas, rígidas, informes y angulosas; con su claustro estrecho, achatado y humilde, poblado de leyendas funerarias, es el pasado que se vá; la catedral nueva, con sus delgadas y airosas palmeras, que se abren para formar el bordado toldo de las naves, con sus gallardas cresterías, sus coros de ángeles y de santos que han perdido algo de la adustez mística para animarse con la gracia del

renacimiento; la catedral nueva, donde se enlazan, compenetrar y confunden los dos artes, como se enlazaban, compenetraban y confundían en el siglo XVI las dos civilizaciones, es la tercera edad que viene. ¡Cuántas veces, solo, apoyado en uno de los macizos pilares de la oscura nave románica, contemplábalas con imponderable melancolía silenciosa y solitaria, y tal vez veía atravesar con ligero paso á alguien que iba en busca de la alegría y grandeza de la iglesia nueva, donde resonaban á la sazón torrentes de armonía que llegaban á mis oídos lejanos, confusos y apagados! Desde entonces, por invencible simpatía, que he sentido siempre á todo lo caído, me ví arrastrado hácia aquella iglesia tan poética y tan sola, y parecíame que con mi contemplación la resarcía del comun olvido, y que allí, más clara, inteligible y augusta llegaba hasta el fondo de mi alma la silenciosa palabra de Dios.

Cuando visité aquella Universidad ántes famosa, centro de vida, á cuyo alrededor giraba toda la grandeza de Salamanca, comprendí todo lo que es y vale la ciencia. Sólo recuerdo de la Universidad de Alcalá de Henares que me causase igual impresión. Si lo más noble que hay en nosotros es el pensamiento, su comunicación debe ser la más sublime de las paternidades. Por cierto que yo creí encontrarme con una iglesia cuándo, preguntando, supe que era la Universidad. Entonces lo comprendí todo. Una Universidad debe ser una iglesia, así como los templos son las mejores universidades. Al mismo tiempo traje á la memoria todas las demás que yo había visitado en España, y que lo mismo pudieran ser ministerio de Hacienda ó almacenes de los dokcs. La ciencia es hoy un ramo de la administración y el profesor un funcionario público, ni más ni menos que puede serlo un jefe de policía ó un ministro, y sirve la ración de ciencia aderezada segun los reglamentos y hasta las ordenanzas municipales. La vida moderna tiene su taquilla de apartado como la administración de un periódico para las suscripciones, y letra por letra va tomando y dejando la que necesita para satisfacer, en legal y acompasado conjunto, todas sus bien medidas y pesadas necesidades.

La Universidad de Salamanca es del más puro gusto plateresco; en él se combinan en gracioso conjunto las severas líneas de las bóvedas de arista, y las delicadas labores de alerce de sus techumbres mudéjares. Las cátedras severas y humildes; la sala de biblioteca, suntuosa y espléndida; ¡cuánto dice esto! ¡Con qué verdad afirmamos que los monumentos son el espejo más claro y limpio de una civilización!

Alrededor de la Universidad, y como astros menores que forman la ancha órbita de un gran astro, surgieron los colegios mayores y menores. Casi todos nacen en aquella España de los siglos XV y XVI exuberantes de vida, y así son los que hoy restan en pie brillantes joyas del renacimiento. Sin duda que en este género es Salamanca la primer ciudad de España. Las escuelas menores, el colegio del Arzobispo y el colosal convento de San Esteban son gallarda muestra de esta verdad. Multitud de casas de nobles, magnates y doctores, labradas cuando aquí acudía á raudales como á dilatado cauce todo el saber del mundo, todavía se mantienen erguidas para orgullo de la ciudad insigne; la casa de las Salinas, soberana creación de Berenguete; la de las Muertes, la de doña María la Brava, primor delicadísimo; del arte ojival, y el ostentoso palacio de las Conchas, que trae á la memoria el fausto de aquellos magnates castellanos que á los franceses les parecían reyes, son todavía como los últimos girones de un manto de púrpura desgarrado.

Entre estos ricos despojos que aún restan á Salamanca de una grandeza que pasó, hay un claustro de gusto plateresco, pudorosamente oculto á miradas vulgares en el casto recinto de una clausura. Su copia exacta acompañará á este artículo, y será confirmación plenísima de nuestro aserto. Pertenece al convento de las Dueñas, austero edificio comenzado á labrar en tiempos de D. Juan II de Castilla, y terminado en la época del Emperador y de Felipe II, de anchos y dilatados espacios, de cádena piedra, sólo interrumpidos por tal cual angosta ojiva de pintados y polvorientos vidrios y por la rica portada renaciente de la iglesia; digno lienzo, en fin, de la plaza de San Esteban, exuberante





de idealismo artístico. Aquel claustro, con sus arcos adintelados, sus labradas zapatas, y sus macizas columnas coronadas de fantásticos capiteles de hojas, cabezas, escudos y rosetones, iluminados por los postreros rojizos resplandores del sol poniente, magnífico tapiz de fuego que brilla acá y allá entre las verdes ramas de los árboles, que blandamente se cimbrean y arrullan, acompañando con su manso ruido la plegaria de la tarde, que se escapa temblando de los labios de la religiosa, es de un efecto indescriptible. La palabra humana vale tan poco que jamás puede sacar al pensamiento de un ver-

dadero apuro. Contémplese el claustro, y el que sepa ver y sentir, que sienta y vea.

El gran monumento salmantino, después de la Universidad, es San Estéban. Qué de recuerdos, atropellándose los unos á los otros, se agolpan á mi pensamiento. Allí, por aquellos dilatados claustros de ricas y valientes líneas, yertas venas de un inmenso cadáver, circuló en otro tiempo hirviente y poderosa la vida. En aquel *de profundis* largo, alto, desnudo, sombrío y silencioso, abrazáronse un día en estrechísimo abrazo, la fé y la ciencia, y de aquel abrazo salió una maravilla; se echaron

los cimientos de un nuevo mundo. Mas allá resonaba la impetuosa y vibrante palabra de Melchor Cano; aquí, al pié de la escalera, para ser pisado de todos, yace el gran Soto. En otro lugar, en tosca urna de madera, está lo que resta de lo percedero del insigne conquistador de Portugal. ¡En qué soledad silenciosa! Al juntar ante aquellos áridos huesos dos fechas, el siglo XVI y el siglo XIX, me sentí sobrecogido. Levanté al fin mis ojos, y se fijaron en aquella imagen que anunció á San Pio V la victoria de Lepanto, y parecióme que de sus labios de piedra, ledas y apacibles, sin agitarlos si-



IGLESIA CONVENTUAL DE ARCOS DE LA FRONTERA

quiera, salían estas palabras: «¿Qué ha sido del ideal de Cisneros en Argel? ¿Qué del ideal de Felipe II en Lepanto? ¡Ah, España, España!...»

El siglo XVII todavía fué para Salamanca de gloria. Entonces levantó su esbelta cúpula la iglesia de las Agustinas, y se pobló con las valientes y admirables creaciones de Rivera; entonces su colosal masa de piedra el colegio de la Compañía, de más tamaño que gusto, clara señal de la decadencia que comenzaba. Bajan las artes, como bajaron las letras y las ideas, y bajó todo. En el siglo XVIII convirtiéndose la en otro tiempo insigne escuela en guarida de jansenistas, regalistas y enciclopedistas, y, como si desde entonces pesara sobre ella el brazo de la eterna justicia, ahí está arrastrando una vida que no es más que la dilatación de la muerte. Y ¡oh sangriento sarcasmo de la desdicha! hoy, que se cubren de hiedra sus claustros solitarios, los ensancha y decora. ¡Quién sabe si mañana guardará en ellos el pastor su rebaño de ovejas, apacentadas en la hierba que crezca entre las

desplomadas naves, y los violados sepulcros de los que hoy son austero templo románico, y espléndida iglesia renaciente! ¡Ah! Cuando me despido de alguno de esos venerandos monumentos y por última vez le divisan mis ojos, siento que una lágrima se desprende de mis párpados, y murmuro; ¡Cuándo te tocará á tí!

FERNANDO BRIEVA SALVATIERRA.

## GERTRUDIS

CUENTO TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR LA SRTA. R. U.  
(Conclusion)

### III

#### Una visita de Caridad.

Genorac, etc.

Mi buena madre:

«Dejo en este instante la vivienda de la tía Michaud... Allí he vuelto á ver á Gertrudis, la he

vuelto á ver tal como se me figuró ayer tarde. Su traje sólo se diferenciaba, porque su vestido blanco había sido reemplazado por uno de percal gris... pero no anticipemos nada, porque quiero, querida madre, tratar de haceros con calma y método la historia de mi extraña y deliciosa mañana.

«En verdad, nada es más encantador ni menos novelesco.

«Cuando á la hora indicada por el señor cura entré en la pobre casa de la tía Michaud, oí una voz impaciente que decía:

—¿Sois vos, señorita?

—No,—contesté yo aproximándome á la alcoba, de donde salía aquella voz;—pero soy un amigo. Creedlo, mi señora Michaud.

—Un amigo,—exclamó ella con sorpresa;—pero si no hay más que el señor cura y la señorita Gertrudis que me quieren? Vos sois un buen señor por venir á casa de una pobre mujer como yo,—continuó después de haberme examinado con respeto de la cabeza á los pies.





CLAUSTRO DEL CONVENTO DE LAS DUEÑAS DE SALAMANCA



—Se me ha dicho que no sois feliz,—respondí,—y me sería muy grato poder seros útil.

»Y decía verdad, madre mía; delante de aquel echo malo y pobre, de aquella mujer tan débil y tan pálida, Gertrudis no ocupaba sólo mi corazón, mientras mi mirada recorría aquel cuarto, muy limpio, es verdad, húmedo y estrecho.

»¡Oh noble y santa caridad, fuente de alegría verdaderas, yo no te había nunca conocido! Pero ahora que te conozco, si me atrevo á olvidarte algún día, dignaos, Dios mío, dignaos recordarme la mañana del 16 de Agosto.

»Mi conversacion con la pobre vieja duró todavía algunos instantes, durante los cuales, la instalaba con toda la delicadeza de que soy capaz á que me confiara sus deseos y sus necesidades.

—Es á la señorita Gertrudis á la que debeis hablar de eso,—me respondió,—porque ella se ocupa mucho más que yo de lo que me hace falta. Vuestra gran bondad para conmigo, va á hacerla muy feliz, mi querido señor. ¡Quiere tanto á sus pobres, es tan buena! No hay verdaderamente más que Dios que sea mejor que ella.

»En este momento se oyó un ligero ruido de pasos.

—¡Es ella!—exclamó la tía Michaud con una gran alegría.

»Gertrudis apareció; estaba bella como la víspera, y tenía la misma gracia y elegancia, á pesar de la sencillez de su traje y la cesta, de ropa blanca y alimentos, que llevaba en la mano. Con un apresuramiento encantador, se adelantó hacia la alcoba, diciendo:

—Querida tía Michaud, ¿cómo estais? ¿cómo sigue el brazo?

»Sin duda, la oscuridad la había hasta allí impedido verme, porque me vió entonces, y se detuvo sorprendida.

—Veo, señorita,—la dijo al notar su turbacion la pobre mujer,—que no conocéis más que yo á este buen señor; y es una lástima, porque...

—Señorita,—dije entonces interrumpiendo á la tía Michaud, y saludando respetuosamente á la jóven,—se me había dicho que había aquí algún bien que hacer; pero en vano he interrogado á vuestra protegida para conocer lo que la falta y lo que podría desear, pues me ha respondido siempre que me dirija á vos. Me atrevo, pues, á rogaros, que me habléis un instante de la situación de esta pobre mujer... Me parece que tendria necesidad de estar mejor alojada; esta choza es muy húmeda.

»Afecté una gran calma para contener mi profunda emocion.

—¡Oh! Cierto, sí señor,—me respondió viva mente la señorita de Trebes, fijando en mí su grandes ojos, entre sorprendida y alegre,—hace mucho tiempo que siento no poder procurar á mi pobre enferma este consuelo tan necesario; Dios es quien os envía á ella con este buen pensamiento. Yo me alegraré mucho de poder guiar vuestra caridad; pero ¿me permitiréis haceros esperar un momento?... La tía Michaud,—continuó más bajo,—tiene en un brazo una herida muy dolorosa, y la menor tardanza en su curacion, aumenta sus sufrimientos. Voy, pues, con ella y en seguida os daré todos los pormenores que deseais.

»Yo me incliné, y bien pronto me pareció que la señorita de Trebes no se cuidaba de mi presencia. Se puso á preparar activamente hilas y vendajes y á arreglar las almohadas y las sábanas de la enferma. En cuanto á mí, di algunos pasos atrás para contemplar aquel conmovedor espectáculo, aquella noble niña inclinada sobre aquel lecho tan pobre; sus blancas manos que curaban aquella horrible herida. Contemplaba, sobre todo, la sobrehumana expresion de amor que tenía la cara de Gertrudis, y en aquel momento sentí, madre querida, que no era el mismo... Un sentimiento generoso brotó en mi alma y ahogó en ella el egoismo. Quería vivir una vida nueva, y tenía vergüenza de mi inaccion; sufría mucho; entonces, madre mía (aun á riesgo de haceros sonreír, os lo contaré todo), entonces me ocurrió un pensamiento extraño. Armándome de valor, me acerqué á Gertrudis.

—Señorita,—la dije;—¿no podría yo también hacer alguna cosa por la tía Michaud, mientras vos la curais, y seriais tan buena que me indicárais algo que pudiera hacer?

»La señorita de Trebes me comprendió en seguida; no pareció sorprenderse de mi peticion, y miró

á su alrededor.—No veo nada;—dijo... Y despues, cómo recordando, añadió con una deliciosa sencillez:

—Si quereis encender el fuego... su comidita estaría más pronto hecha y ella se alegraría mucho.

Al mismo tiempo, Gertrudis, con un gracioso gesto, me indicó un rincon oscuro que servia de hogar.

»No quise rehusar la única cosa de que se me juzgaba capaz; pero sentí interiormente un gran disgusto. En mi casa encontraba mis habitaciones calientes durante el invierno, y cuando era la hora de levantarme; hacia ya muchos años que no había visto encender el fuego.

»Pensé que con mucho combustible llegaría á encenderlo. Empecé, pues, á amontonar sobre el hogar leña sobre leña, pedazos de pino sobre pedazo de pino y mucho papel... despues de lo cual, puse un fósforo de una caja que había allí encima.

»Durante este tiempo, la tía Michaud y Gertrudis hablaban á media voz; la primera decía:

—Este debe ser un señor de la *confidencia* de San Vicente de Paul; ¡así es como vos decís, verdad, señorita Gertrudis?

—No del todo; pero no importa mi buena Michaud.—Despues añadió bajando la voz:—Creo lo mismo.

»Tuve que renunciar á seguir más tiempo aquella interesante conversacion, porque mi fuego reclamaba todas mis facultades.

»En vano ponía fósforos: todas mis tentativas tenían el mismo resultado, es decir, que el papel se quemaba, la leña se convertia en tizon, en fin, todo se apagaba. Una vez, sobre todo, se alzó tan gran humareda, que casi me cegó y vino á darme alguna esperanza, pues pensaba que detrás del humo vendría el fuego; pero en vano, no hubo nada.

»Y mientras tanto, la curacion de la herida estaba casi acabada. ¿Qué iba á decir Gertrudis?

»Resolví hacer el último esfuerzo: añadí dos leños á los que cubrian ya el hogar; tomé cuatro fósforos, que se encendieron al mismo tiempo.

»De repente ví un fuelle colgado en la pared, lo cogí con alegría, persuadido de que en él estaba mi salvacion. ¡Ay de mí, madre mia! Era el más filosófico de los fuelles que, bajo mi presion vigorosa y torpe, dió bien pronto su último soplo...

»En este instante, Gertrudis, con una taza en la mano, se acercó al hogar.

»Me separé respetuosamente, y pude ver su encantadora figura delante de aquel promontorio de leña y de fósforos, todo cubierto de pavesas y papel quemado.

—Vos no teneis costumbre de hacer esto,—me dijo,—perdonadme por haberos molestado.

»Diciendo estas palabras desembarazó textualmente el hogar, tomó un fósforo, el único que quedaba en la caja, y bien pronto una llama blanca y brillante se alzó locamente. Para avivarlo todavía quiso servirse del fuelle que había quedado en el suelo; pero viendo que no soplabá, y adivinando quién había sido el autor del desastre, tuvo la generosidad de dejarlo en su sitio sin hacer ninguna reflexion.

—Señorita,—dije entonces acercándome á ella,—soy un torpe, es verdad, pero soy un hombre honrado y quiero pagar á la tía Michaud sus fósforos y su fuelle.

»Al mismo tiempo di á la señorita de Trebes dos billetes de mil francos.

»Ella los tomó con mano temblorosa, y pálida y conmovida me dió las gracias por su querida enferma, de una manera noble y conmovedora. Despues corrió á la alcoba.

—Buena tía Michaud,—la dijo con efusion,—¡qué feliz vais á ser bien alojada y bien cuidada! ¡Ved lo que Dios nos envía por mano de este caritativo señor!—Le enseñó los billetes, y murmuró á su oído:—¡Esto vale dos mil francos!

—¡Ah!—exclamó con vehemencia la pobre mujer.—Es digno de vos, señorita.

»Y su mirada cariñosa nos envolvió á los dos... Yo enrojecí y me pareció que la bella cara de Gertrudis se coloraba, y que un rayo de alegría pasaba por sus grandes ojos. Pero quizás esto no era más que una ilusion, porque yo estaba tan conmovido, que mi vista podía estar turbada.

»Fuera lo que fuera, la exclamacion de la enferma hacia embarazosa nuestra situacion; así, pues, no tardé en retirarme despues de haberme inclina-

do delante de Gertrudis y de haber estrechado amistosamente la mano de la tía Michaud.

»Cuando dejé aquella choza, unos sentimientos muy dulces, muy puros llenaban mi alma; la cariñosa mirada de la indigente, la suave imagen de su bienhechora, me seguian como unas visiones benditas: tenía sed de volver á aquella humilde y sublime escuela de la caridad.

»En una palabra, madre mia, nunca he sido tan feliz: yo bendigo á Dios, á la tía Michaud, al abad Gelcour, á Genorac, y en fin, amo á Gertrudis.

»Adios, mi venerada, tierna y fiel amiga: esta larga carta fatigará vuestros ojos, pero alegrará vuestro corazón. Dejadme al terminarla enviaros este pensamiento de un hombre eminente:

«Amando más que nunca, amo más todo lo que amo.»

»Vos sabreis comprenderlo, ¿no es verdad, querida madre? y encontrar en él la certidumbre de que ninguna afeccion hará palidecer la que os tiene y os tendrá siempre

»Vuestro hijo, ALBERTO NUGELMANN.

## IV

## Conclusion.

Las cinco daban cuando Alberto, acompañado del abad Gelcour, tomó una tarde de Setiembre la sombría senda que conducia á la casa de la familia de Trebes.

Iba silencioso, y su cara, tan pronto pálida como sonrosada, anunciaba la esperanza ó el temor de su alma; estaba profundamente preocupado.

Con objeto de distraerle sin duda, el abad Gelcour queria hacerle admirar la hermosura del otoño en aquellas regiones casi meridionales, las colinas cubiertas de racimos dorados, los grandes castaños, las hojas amarillentas y los rayos dorados del sol que iba ya á ponerse.

Pero Alberto no veía más que la alegre casa de la que algunos pasos les separaban en aquel momento... No oía más que la voz de su pensamiento, y fué á esta voz á la que respondió diciendo:

—Querido señor cura, somos esperados, ¿no es verdad?

—Cierto,—dijo sonriendo el abad Gelcour, que daba por la décima vez quizás esta respuesta á su jóven amigo.

—¿Las señoras de Trebes estaban solas cuando les hicisteis la última visita?—preguntó Alberto.

—Ya os lo he dicho; Gertrudis estaba ausente, pero su madre se ha encargado de hablarla á su vuelta y de interceder por vos.

—¿La señora de Trebes no os ha preguntado sobre mi manera de vivir, sobre mis sentimientos religiosos?

—¡Oh! Perdonad: la he asegurado que vos responderiais por mí á esta cuestion, que es la primera de que ha querido enterarse: y que Gertrudis podía fiarse de vuestra lealtad. Me he atrevido á hablar de la honradez de vuestra familia, de las virtudes de vuestra madre, de vuestras incontestables cualidades, y del gran deseo que tengo de que Dios oiga vuestras súplicas.

—Gracias: sin embargo, tengo miedo, miedo de Gertrudis... si me rechaza...

—Desechad, pues, esos pensamientos, y tened confianza... Vuestro amor, que ha nacido delante del altar y en la casa del pobre, no puede ser más que puro y bendito. Ahora, mi querido Alberto, dejadme penetrar un momento en el fondo de vuestra alma: desde hace algun tiempo encontrais infinitos consuelos siguiendo el ejemplo de Gertrudis; pero, lo haceis por agradarla, ó por cumplir un deber, de modo que si vuestros deseos no se realizasen, sostendrais vuestra fé, seriais constante en vuestra caridad, y fiel á vuestro Dios?

—Me atrevo á decir—respondió el jóven con triste acento—que entonces viviría únicamente por Él, para los pobres y para mi madre. Sería indigno de vuestras bondades, indigno de soñar en Gertrudis, si no pensase así, si en este momento sobre todo tuviese que experimentar las increíbles é involuntarias debilidades de otras veces; estad seguro, padre mío, que sería cristiano sobre todo.

El sacerdote estrechó la mano de Alberto: éste la mojó con una lágrima, y su voz estaba todavía conmovida cuando andando algunos pasos, al encontrarse en un terrazo embalsamado por la fragancia de las rosas de otoño, le dijo:



—Ya hemos llegado, querido Alberto... la gran sala se ve ya... Avancemos un poco.

Se aproximaron á una ventana cuyos postigos no estaban cerrados y cuyas ligeras cortinas les permitían contemplar sin ser vistos el más interesante cuadro de familia.

—Quedemos aquí un momento,—dijo el abad Gelcour á su compañero:—tal vez recibais de la que amais una última é interesante lección.

Alberto obedeció. Su mirada recorrió la vasta pieza, contempló un instante la interesante figura de los señores de Trebes, la blanca cabeza del abuelo, que en aquel dulce cuadro parecía verdaderamente, según la bella expresión de Chateaubriand, la divinidad del hogar: después encontró el perfil tan puro de Gertrudis y le contempló largo rato.

Sentada cerca de una mesa, alrededor de la cual se hallaban tres niñas y dos adolescentes, la señorita de Trebes daba la última puntada á un gorro de terciopelo negro. Bien pronto se levantó, fué hácia su abuelo con la obra terminada en la mano, y con un gesto lleno de deferencia y de ternura, le cubrió sus cabellos blancos.

El anciano la dejó hacer; después de enlazar con sus temblorosos brazos el gracioso cuello de su nieta, la besó con amor.

Cuando ella le hubo devuelto sus caricias, volvió á sentarse, y entonces su aguja tomó su rápido vuelo en el vestido de una niña. Apenas había empezado, cuando el mayor de sus hermanos vino hácia ella con su Virgilio en la mano: abandonando su costura, Gertrudis tomó el libro con su gracia acostumbrada, y sin apartar de él su mirada, cogió de una cesta que estaba á su lado su humilde obra de media, cuyas largas agujas no cesaron de moverse durante todo el tiempo que duró el recitado de los versos latinos.

—¡Qué laboriosa es!—murmuró Alberto.—Y yo, ¿qué soy yo? ¿qué he hecho desde mi salida del colegio en tantos años?... Y un suspiro se escapó de su alma.

—Mi querido amigo,—dijo entonces el abad Gelcour,—considerad este nuevo ejemplo que os da Gertrudis como el golpe de gracia: os enseña á amar el trabajo, al cual el hombre debe consagrarse aquí abajo por muy elevada que sea la esfera en que Dios le ha colocado: lo habíais comprendido poco hasta aquí, ¿no es verdad, Alberto? Pero la hora se pasa y es tiempo de entrar... Gertrudis, á pesar de su aparente serenidad, está esta tarde de una palidez des acostumbrada: la veo á menudo echar una mirada sobre el reloj, y cambiar otras con su madre, que revela sus íntimos pensamientos... Seguidme, amigo mío, que Dios os conduce.

Algunos segundos después el cura de Genora presentaba á Alberto Nugelmans á la familia de Trebes, que le acogía con bondad.

El sacerdote, tan prudente como buen amigo, pretextó que tenía que hacer una visita á un enfermo de aquellos alrededores, y desapareció, prometiendo volver pronto.

Pero su ausencia duró cerca de una hora; á su vuelta, al acercarse al salón, oyó la voz de Alberto, conmovida y penetrante, que decía:

—No os he ocultado nada, señorita: me conocéis ahora tan bien como yo mismo. Aunque no haya sido ese hombre caritativo y piadoso que habéis creído ver en mí, sin embargo, no me quiteis las esperanzas; vos habéis sostenido mi voluntad, despertado mi alma y reanimado mi corazón.

Os ruego que continuéis vuestra obra; seguid cuidando esta planta, todavía débil, que parece que Dios os ha confiado. Cerca de vos crecerá rápidamente y llegará á ser, tengo esa confianza, un árbol poderoso y fuerte; que siempre, creedlo, será vuestro apoyo más fuerte y vuestro más seguro abrigo.

—Os creo, Alberto,—respondió la joven;—y si mis padres aprueban el deseo que me habéis expuesto, si nuestro buen cura continúa favoreciendo...

—Y si la voluntad divina exige que este deseo llegue á ser el vuestro,—interrumpió el abad Gelcour, entrando de repente,—¿no es verdad, hija mía, que no tendréis que hacer ningún esfuerzo para quererle?

Las largas pestañas de Gertrudis se bajaron. La señora de Trebes se levantó entonces, fué hácia ella, la acercó á Alberto, y uniendo sus manos, heladas por la emoción, los condujo cerca del sillón

del abuelo el cual, ayudado por el señor de Trebes, se levantó un poco.

—Yo os bendigo, mis queridos hijos,—dijo con temblorosa voz, en tanto que dulces lágrimas rodaban por sus mejillas,—yo os bendigo con toda mi alma. Después de la bendición de un anciano, Dios os hará muy felices.

Cerca de un año ha pasado después de esta conmovedora escena. El mes de Agosto y la Asunción se celebran otra vez con Genorac.

Como el año precedente, las campanas tocan á vuelo; pero más sonoras y más alegres, porque son nuevas, y tienen un campario tan elegante y tan esbelto, que quieren hacerle honor.

Entremos en la encantadora iglesia, enteramente reconstruida, y sin pararnos á admirar los preciosos altares de mármol blanco, el camino de la cruz, verdadera obra de arte, los cristales con unos maravillosos colores, busquemos entre la gente á nuestros antiguos conocidos.

El abad Gelcour, revestido con un espléndido ornamento, dice la primera misa; su dulce rostro parece alegre y rejuvenecido.

Cerca de la balaustrada, en el banco de la familia de Trebes, reza al lado de Gertrudis Alberto.

Los primeros rayos del sol matinal entran por los cristales, y forman como una aureola alrededor de sus encantadoras cabezas... No lejos de ellos están agrupados el señor y la señora de Trebes, y una señora de edad envuelta en el manto de viuda.

Alberto es ya esposo: ha dejado las pesadas cadenas que encerraban su juventud; cerca de la que llama su ángel bueno, ha encontrado la dicha.

No ha querido que Gertrudis vaya donde hay tantas familias que viven como él vivía, y ha fijado su residencia en Genorac, donde reparte sus días entre Dios, sus pobres y el cuidado de los inmensos bienes que ha adquirido en aquellos alrededores. Sus alegrías son: la paz de su conciencia, la tierna mirada de su mujer y las caras felices y agradecidas que encuentra á su paso. Sus distracciones son: oír cantar á su Gertrudis, las reuniones de familia y algunas veces un alegre viaje que hacen los dos por el Atlántico, á la patria de las artes, á Italia. Estas son también las sencillas alegrías que goza el abad Gelcour, y el ver su antigua iglesia reconstruida, que debe á la generosidad de Alberto, y que el buen cura teme querer demasiado, porque dice que, en medio de sus magnificencias, olvida las del cielo.

Gertrudis es también feliz, porque goza de la pura felicidad conyugal, que es la unión de dos corazones en los mismos sentimientos, la unión de dos voluntades en los mismos deberes.

Vé á su esposo marchar con paso firme por la senda de la oración, de la caridad y del trabajo.

Y cuando les llegue la hora de las aflicciones y de los sacrificios, no se quejarán, llorarán, y sus lágrimas no turbarán su felicidad, porque sostenida por la misma fé, por la misma esperanza, no mirarán más que al cielo, término sublime de nuestra carrera.

Aquella mujer vestida de negro que les ha acompañado al banquete sagrado, dirige sobre el tabernáculo y sobre ellos una mirada llena de gratitud y de amor: Dios ha escuchado las súplicas de su ternura y de su fé, y tiene mucho por qué darle gracias, porque es la madre de Alberto.

R. U.

## EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA DOÑA TERESA CEBALLOS.

Nunca el sol se hunde en el mar  
Por las playas de Occidente  
Sin enviar á tus balcones  
Oro y púrpura á torrentes.

Ya envuelto en negros celajes,  
Ya á medio embozo otras veces,  
Ya con capa, ya sin ella,  
El sol no se va sin verte.

Dicen que cuando del mar  
La superficie solemne  
Al declinar de la tarde  
Sólo rizan brisas ténues,

Se ve á ratos una sombra  
Vaporosa, esbelta, leve,  
Hacia donde el sol se esconde  
Correr sigilosamente,  
No es maravilla, si el vulgo,  
De estos manejos infiere,  
Que con el sol amorosas  
Inteligencias mantienes.

Por mi parte, Teresita,  
Me inclino á que el vulgo acierte,  
Pues el brillo de tus ojos  
Dádiva del sol parece.

Y aún mirando á vuestros nombres,  
Que estais ya unidos se advierte:  
El es *sol* entre los astros,  
Tú *sola* entre las mujeres.

C. S. BRAVO.

## EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Continuación)

XI

Idea fija

El sol se iba ocultando tras de las viejas hayas del parque de Noyal. Callaba dormido el viento entre el follaje inmóvil. Perdíase la vista á lo largo de las inmensas calles de árboles sombríos y desiertas. El conde Enrique de Lacuzan y la hija mayor del marqués de Noyal, se paseaban bajo una especie de túnel de ramas y flores.

Era la primera vez que María de Noyal se encontraba sola con Lacuzan, el cual estaba conmovido, tembloroso, y no sabía qué decir. No era un D. Juan, ni mucho menos, este marcial y bravísimo soldado; si bien es verdad que el mismo don Juan se hubiera hallado tímido si hubiera podido enamorarse honestamente una vez en su vida.

Blanca les había conducido á una de las calles del jardín, y se había marchado, dejándoles á los dos solos.

—Conde,—dijo María, á quien la vehemencia de su preocupación hacia ser valiente y romper el silencio la primera,—yo soy quien ha pedido á Blanca que escribiese á usted.

Lacuzan no contestó:—«¿De veras?»

Si hubiera contestado «¿de veras?» le abandonaríamos á su mala suerte.

Lacuzan no contestó nada.

—Dije á Blanca que escribiese á usted,—prosiguió María,—porque tenía que pedirle un favor.

Lacuzan hizo una inclinación de cabeza, y dijo:

—La señorita de Noyal sabe que no deseo más que complacerla.

María encontró que Lacuzan era un cumplido caballero. Las mujeres de buen tono se parecen á Talleyrand. No las gustan las oficiosidades.

—Si me hace usted el obsequio de mandarme... añadió Lacuzan.

María vaciló un momento...

—Conde,—le dijo por fin,—no pretendo tratar de disculpar para con usted la excursión que proyecto. Tengo en usted completa confianza. Es preciso que usted me acompañe á Rennes esta noche.

Lacuzan no tropezó con inconveniente alguno, y respondió:

—Acompañaré á usted, María.

—Tiene usted que hacer más,—continuó María;—tiene usted que llevarme junto á uno de esos enfermos á quien usted visita.

—¿Qué enfermos?—preguntó el conde.

—Ya sabe usted de qué enfermos hablo,—replicó la joven.

Aquí Lacuzan cambió enteramente de semblante.

—El mal de infierno es contagioso,—murmuró. María frunció ligeramente las cejas, diciendo:

—Usted desafía á ese contagio todos los días y á todas horas.

—Yo sí,—dijo Lacuzan, cuya voz tomó a pesar suyo una inflexión doliente,—pero usted?





María experimentó una vaga emoción.  
—Gracias,—dijo, sin saber lo que decía.  
Lacuzan continuaba indeciso.  
—¿Tiene usted interés por alguno de esos enfermos?—la preguntó con timidez.  
—No,—contestó María.  
—Pues entonces, ¿por qué?...  
María bajó la cabeza, y guardó silencio.  
—Suplico á usted que reflexione...—dijo el conde.  
Pero María replicó:  
—Conde, yo quiero ir.  
Lacuzan la echó una mirada tan llena de melancolía, que la hija del marqués bajó los ojos de nuevo.  
—Usted es aquí la reina, señorita,—pronunció el conde;—nadie ha desobedecido á usted nunca. Mas aparte del riesgo que usted se empeña en correr, ¿sabe usted bien qué impresión tan terrible es la que pretende arrostrar, qué horror desconocido?...  
María hizo un gesto de impaciencia.  
Lacuzan la cogió la mano para suplicarla de nuevo que desistiera de su intento; pero la joven repitió con un acento frío é imperioso:  
—¡Quiero ir; estoy decidida!  
Lacuzan se inclinó.  
—Hágase la voluntad de usted, señorita,—dijo.—Obedecer es amar.

María bajó los ojos, y murmuró:  
—Aquí, esta noche, á las diez... Gracias, conde.  
Lacuzan estuvo muy triste toda aquella velada. Ni aún la misma Blanca fué capaz de arrancarle una palabra.

María, por el contrario, demostró una alegría del todo inusitada. Sería de cualquier cosa, y aún muchas veces sin que hubiera motivo ni pretexto alguno para reírse.

Badabreux, como entendido en la materia, aseguró que la joven tenía aquel día una risa trágica, una risa horrible. Queriendo ver hasta dónde llegaba su preocupación, Badabreux se colocó detrás de ella, y la recitó doscientos versos de la *Henriada*, sin que le diese la menor señal de disgusto.

—¿De dónde me viene hoy este negro presentimiento?—se dijo Badabreux;—la insensibilidad de esta joven no es natural.

Las vizcondesas de Cramayeu y de Honnihi, devoraban á María con sus miradas. Parecían percibir cierto olor de catástrofe.

A las nueve, María abandonó el salón con el pretexto de la jaqueca. A las diez, la esperaba Lacuzan con dos caballos en el parque. A través de los árboles pudo ver todavía algunas luces en las ventanas del castillo. Una de aquellas luces se apagó; después se dejaron oír unos pasos menudos y ligeros sobre el césped humedecido ya del rocío.

Lacuzan fijó una rodilla en tierra: María puso su diminuto pié sobre la otra, y saltó en la silla. Los dos caballos partieron á galope en el momen-

to mismo en que el solteron Badabreux, que había quedado ya solo en el salón, se recitaba á sí mismo delante de un espejo aquel dístico memorable:

Francos, anglos, lorenos, en furor encendidos,  
Avanzan, luchan, hieren y caen confundidos.

Era una de esas noches de verano mucho más hermosas que los días. La luna bogaba por el cielo dentro de un círculo de nubes plateadas. La brisa hacia ondular apenas las mieses verdes todavía. Y á lo largo de las húmedas praderas podía la vista seguir el curso del río Vilaine, marcado por una leve cinta de niebla.

El galope de los dos caballos sonaba acompasadamente sobre los guijarros del camino desierto. Lacuzan y María no habían cambiado aún ni siquiera una palabra.

La silueta informe de la catedral de Rennes se dibujaba en negro sobre el azul del cielo. Llegaban á la cuesta de Santa Melania. Sonaban las once de la noche en el *Grande*, como llamaba la gente del pueblo al gran reloj del Consistorio. Un profundo silencio reinaba en la ciudad.

Las vibraciones de la enorme campana retumblaron durante un minuto en la oscuridad, y murieron.

Lacuzan y María estaban en las puertas de San Jorje. No había guardias. Los faroles que lucían de ordinario á largos intervalos en las calles principales, estaban apagados. Ninguna claridad brillaba á través de las barroteadas y gruesas contraventanas.

Parecía la ciudad un cementerio.

Lacuzan y María pasaron al trote bajo las cercas del jardín de Noyal; subieron la rampa de la cuesta, y bajaron al Campillo por la Visitación. El Campillo era entonces, como ahora, una ancha calle semicircular, situada próximamente en el centro de la ciudad.

Allí encontraron una hoguera encendida en el sitio en que ahora se levanta la fuente. Una media docena de hombres estaban sentados alrededor del fuego, que tenía sus semblantes macilentos con reflejos rojizos. No era para calentarse para lo que encendían toda aquella hoguera en pleno mes de Julio, sino para asar la cena, consistente en sardinas ó tajadas de tocino.

Mientras su cena se tostaba sobre las brasas, llenando el aire de una humareda espesa y salitr, tenían aquellos hombres una conversación harto animada y alegre. A su lado tenían algunos pucheros con sidra, posados en el suelo. Y un poco más lejos, en la sombra, veíanse dos grandes carretones con los bueyes uncidos.

María no hubiera sabido decir quiénes eran aquellos hombres de fisonomía salvaje, que preparaban su grosero banquete en medio de la plaza pública en aquellas horas de luto; mas por la pri-

mera vez desde que había salido del castillo de su padre, tembló de miedo.

Lacuzan echó pié á tierra delante de una pobre puerta de arco, de dos piezas, no laterales como se hacen hoy, sino que una llegaba hasta la mitad de la altura, y otra desde allí arriba, como las puertas de los caseríos bretones. Tocó á la puerta; pero nadie respondió dentro.

—¡Ha de casa!—exclamó.—¡Pepa! ¡Pepa del Horno! ¡buena mujer! ¡soy yo!

Los seis salvajes rodeados al fuego, se echaron á reír.

—Aquí está Pepa del Horno,—dijo uno de ellos.

Y señaló hacia uno de los carretones que se descubrían á la mitad entre la sombra. Lacuzan era tan conocido en Rennes, que ni siquiera le pasó por las mientes el que quisieran burlarse de él.

Cogió la brida del caballo de María, y avanzó hacia la lumbre. No había comprendido el ademán del que comía las sardinas.

—¿Dónde decís que está Pepa del Horno?—preguntó.

Las risas se aumentaron.

—¿Es que se ha puesto buena ya?—volvió á preguntar Lacuzan.

—Sí, sí,—respondieron á coro los salvajes.—¡Pepa del Horno está ya buena!

—¡Ya no la duele nada!—añadió uno de ellos, cogiendo de la lumbre un tizon encendido.

Púsose de pié y se dirigió hacia los carretones blandiendo su antorcha. Mientras iba andando, el viento abatía la llama del tizon, y nada pudo verse; mas cuando se paró junto á los carros, la llama del tizon volvió á levantarse, y María lanzó un grito de horror. Los dos carretones estaban llenos hasta arriba de cadáveres. Aquella era la fúnebre cosecha de la velada.

—Mirad,—exclamó el hombre de la antorcha, mostrando al mismo tiempo una cabeza que colgaba fuera del carrete;—ved aquí á Pepa del Horno, aquella buena mujer.

María de Noyal había huido espantada. Lacuzan la alcanzó y la dijo:

—Volvamos al castillo.

—No,—replicó María;—he tenido miedo demasiado pronto, y no he mirado: ¡quiero ver!

Lacuzan sintió el frío penetrarle hasta el fondo del corazón. Creyó que María estaba loca.

Junto á las puertas de Mordeles, y enfrente de las torres de San Pedro, se alzaba una casa de humilde apariencia.

—Ayer,—dijo Lacuzan,—cayeron enfermos aquí, bajo este techo, el padre, la madre y el hijo.

—Entremos,—dijo María, cuya voz era breve y cortada como la de los calenturientos.

(Continuad.)

Imp. de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, 4.

## SECCION DE ANUNCIOS

### GALERIA DRAMÁTICA INFANTIL

DEDICADA

á los Colegios y Sociedades recreativas,

DEL PRESBITERO

D. JOSÉ MARÍA LEON Y DOMINGUEZ,

Catedrático del Seminario Conciliar de Cádiz.

José en Egipto, 6 reales.—La Pastora Inmaculada, 4 rs.—La Adoración de los Pastores, 6 rs.—La Resurrección de los Justos, 3 reales.—El Seise Mártir de Zaragoza, 4 rs.—La Reconquista de Cádiz, 8 rs.—La Adoración de los Reyes, 6 rs.—Los Mártires Patronos de Cádiz, 6 rs.—Santa Eulalia de Barcelona, La Corona de San Luis Gonzaga y Estér (un cuaderno), 8 rs.—El Ángel de Puigcerdá, 5 rs.—La Virgen de Nicomedia, 4 rs.—Constancio 6 rs.—Covadonga, 4 rs.—Dimas, ó la huida á Egipto, 4 rs.—Justicia del Cielo, 4 rs.—Vengaza de buena ley, 4 rs.—El andaluz más tempao, pieza chitosa para fin de fiesta, 4 rs.—El Plan-Puding á la inglesa, La Medicina Infalible y El regalo de Filipinas, sainete, 8 rs.

Obras religiosas y morales.—Leyendas históricas y morales, dos tomos, 20 rs.—Páginas de hogar, leyendas, cuentos, fábulas y tradiciones (con grabados), 4 rs.

Todas estas obras se hallan de venta en Madrid: Olamendi, Paz, 6; Perdiguero, San Martín, 3; viuda de Aguado, Pontejos, 8, ó dirigiéndose al autor, Cádiz, San Juan, 40.

### LA ILUSTRACION CATÓLICA

se publica desde el 1.º de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PAGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurran en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Sale á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeración de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante Revista, como puede observarse en los precios de suscripción que insertamos á la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscritores á los diarios *La Fé* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de dos reales en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de cuatro reales por año; pero han de hacer el pago directamente en nuestra Administración.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

#### PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los Bonos del Timbre, que para la suscripción de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel René, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.

### ALBUM-ALMANAQUE

### DE LOS PAPAS

PARA 1879

Este Almanaque ha de contener, además del Santoral y otras materias interesantes, *El Mapa de todos los Papas que ha habido desde San Pedro hasta León XIII*, en fotografía. *El Mapa de todos los Reyes que ha tenido España desde Ataulfo hasta D. Alfonso XII*, también en fotografía. Por manera que este Almanaque será el único en su clase, y cuyo precio en venta será 12 reales.

A todos los que nuevamente pidan los cuadros de los retratos de Su Santidad Pío IX y León XIII, abonando 10 rs. se les dará gratis este Almanaque, que verá la luz pública en el próximo mes de Noviembre, con la lista de todos los suscritores.

Se admiten anuncios para este Almanaque á los precios siguientes:

Una plana, 110 rs.; media, 60; cuarto de plana, 40 rs.

Las suscripciones y anuncios, á D. José Morales, calle de la Esgrima, núm. 11 pral.

### CROMOS

Retrato en gran tamaño de Su Santidad León XIII. Se vende en esta administración al precio de 6 reales ejemplar.